

En el nombre del hijo

Ganadora del Premio Clarín de Novela 2008, "Perder" comienza con una primera persona brutal: una madre que ha perdido a su hijo. En su descenso al dolor, la obra de Raquel Robles es una historia de redención.

GERARDO DELL'ORO



PAULA MAHLER

En el mundo de hoy, sería ingenuo pensar que el lector aborda un libro sin saber nada de él ni de su autor. Y aunque ya desde hace unos cuantos años la crítica literaria se ha empeñado en aislar el texto de sus circunstancias, a los lectores legos esto no les sucede.

De manera que cuando se empieza a leer la novela **Perder**, de Raquel Robles, ya se sabe que el libro ha obtenido el Premio Clarín 2008, que es la primera obra de la autora que se publica, aunque ya ha escrito otras, que es hija de desaparecidos y militante activa de H.I.J.O.S. y que trabaja actualmente como directora del Instituto de Menores San Martín y de dos proyectos para chicos privados de su libertad.

A pesar de que esta información se integra a nuestro marco previo desde el que iniciamos la lectura, felizmente se desvanece cuando las palabras empiezan a rodar ante nuestros ojos, que es en cierto modo lo que le sucede a la narradora lectora que, a través de una lectura mecánica de un listado de libros proporcionado por el marketing editorial inicia un camino cuyo destino es incierto.

Y lo que comienza es un juego entre la angustia que provoca

en el lector este texto doloroso y la certeza que tiene de que la lectora que nos cuenta su historia se ha salvado. Y lo sabemos porque la estamos leyendo. No cómo ni por qué, pero sí que ha podido salir de la abulia existencial a la que se había condenado como una especie de castigo autoinfligido por la muerte de su hijo pequeño en un accidente. El primer párrafo del libro cierra así: "Había perdido a mi hijo y estaba desesperada."

En este sentido, **Perder** es casi una obra de misterio: sabemos algo del final, pero no lo sabemos todo. Y como la mayoría de las obras de este género tiene una vuelta de tuerca que no develaremos al futuro lector, pero la marca de que hay algo misterioso (y mágico) en la resolución aparece con el cambio de narrador.

"Decidí comprarme todos los libros que figuraban en la última página del último libro que había leído." Así comienza la novela, con esta primera persona brutal. Sin embargo, en el segundo capítulo un narrador omnisciente describe un personaje femenino: "A veces el viento cambia de rumbo unos segundos y entonces el cabello, la bufanda, la falda, la capa, todo se vuelve sobre sí latigüéandole el cuerpo, cachetéandole la cara." ¿Quién es esta mujer? ¿La misma

"Perder" es casi una obra de misterio: sabemos algo del final, pero no todo. Y las obras de este género casi siempre tienen una vuelta de tuerca.

ROBLES BASICO

SANTA FE, 1971

Es una de las fundadoras de la Asociación H.I.J.O.S. Sus padres están desaparecidos. Trabajó en periodismo y cursa la carrera de Gestión Educativa en la Universidad de Lanús. Dirige el Instituto de Menores San Martín, que aloja a chicos de 13 a 15 años. Orienta dos proyectos para chicos privados de su libertad, "El poder de la imaginación" y "A la salida", donde se los forma como escritores y narradores orales. Por su trabajo -apoyado por la Secretaría de Cultura y la Secretaría de Familia de la Nación- recibió en 2007 la Beca Ashoka. Es autora de tres novelas.

a la que dejamos irremediablemente abandonada a la inercia de la vida en el capítulo anterior? ¿Otra?

La alternancia entre ambos narradores no es constante y la primera persona ocupa mucho más espacio que la tercera, pero estos pequeños capítulos (una o dos páginas), cuya función en la trama cuesta identificar, extraños,

no contemporáneos a la historia, tranquilizan, producen un remanso, aplacan la sensación de desazón que provoca la lectura de la trágica decisión que toma la narradora de dejarse llevar, de abandonarse a todo, de no vivir ni morir, porque ya nada vale la pena una vez que su hijo ya no está más en este mundo: "Lo único que quería era ignorar que estaba viva, morir sin morir, atravesar los días sin que nada ni nadie notara mi presencia, pero sobre todo sin que nada se convirtiera en un estímulo capaz de desencadenar ese dolor que vivía agazapado en mí".

Las marcas temporales subrayan esta idea de decisión: "lo primero que hice cuando llegué a mi casa", "cuando llegué a la clínica", "el siguiente libro", "los siguientes días en la clínica". No hay descanso, porque no puede haber resquicio; no es posible cejar, no se puede dar entrada a la vida. Sin embargo, desde el principio sabemos que la vida pudo colarse por algún intersticio, porque ahí la tenemos, contando su historia.

Primo Levi habló largamente sobre el poder de la palabra en situaciones de pérdida pero, sobre todo, señaló que había quienes podían hablar de lo sucedido y quienes no lograban hacerlo nunca y cómo ambas situaciones eran igualmente válidas en el camino de la recuperación. La narradora de **Perder** logra hablar (con un objetivo, pero no vamos a develar cuál, no olvidemos que se trata, también, de una novela de misterio) y cuando lo hace es porque, de algún modo, se ha salvado. Lo ha hecho sin olvidar, por supuesto; lo ha hecho dándole un lugar al recuerdo lacerante que permite resignificarlo.

Y es que la palabra, en sus miles de formas, está presente en todo el texto. La palabra leída, dicha, escrita, recordada, extranjera, no comprendida, apenas percibida, aprendida, aprehendida, es la herramienta de la recuperación de la vida y el relato es el que funda las relaciones: cuando nos enteremos de a quién le habla la narradora, habremos develado el misterio de esta, finalmente, historia de amor.

Volvamos al inicio de esta reseña: el 13 de diciembre de este año, en una nota de Raquel Robles publicada en la edición especial de Ñ en conmemoración de los 25 años de democracia, ella dice: "Habrá que encontrar un camino que nos permita marchar y escribir". Creo que con esta novela lo ha logrado. Y, en lo personal, como lectora, se lo agradezco.

Perder

RAQUEL ROBLES
NOVELA
CLARIN/ALFAGUARA
256 PAGS. \$ 39



CONTEXTO

Entre 723 originales, esta novela obtuvo el Premio Clarín de Novela 2008. Fue elegida por un jurado compuesto por el Premio Nobel José Saramago y los reconocidos escritores Rosa Montero, Alberto Manguel y Juan Cruz.

FRAGMENTO

"No fui de esas niñas felices que se sorprenden cuando sobreviene un dolor. Yo había perdido a mis padres, había perdido mi casa, había perdido mi mundo y todo lo que una persona puede perder sin perder la vida(...)"

QUE SE DIJO

"Una novela que nos dice que, si bien aquello que perdemos es irreparable, la literatura puede ayudarnos, a veces, a soportar la larga ausencia." (Alberto Manguel, jurado del Premio Clarín 2008)